

La unidad bien entendida comienza por uno mismo

«¿Quieres ganar?... Te voy a dar unas armas y un caballo excelentes, magníficos. Pero tú tienes que pelear con toda tu alma...»

(Alegoría del Catolicismo. Discurso del Padre Lainez en el Concilio de Trento).

Somos los españoles gentes imposibles de unir, como no sea por el amor y la fe, que son, justamente, dos esencias divinas. Quizá por eso, la lucha por nuestra unidad, tuvo siempre algo de religión o fué apoyado por ella.

Cuando Oliveira Martins comentaba el famoso Concilio de Trento, decía que en él se salvó el resorte fundamental de la voluntad humana. Maeztu agrega a esto: «Lo que se salvó, sobre todo, fué la unidad de la Humanidad». Y lo estupendo del caso es que esta formidable tesis unitaria del discurso de la «Justificación» se debía a un español, es decir al representante de una raza que siglos después habría de declarársela más absolutamente rebelde a toda comunidad nacional. Claro, que, por aquel tiempo, el genial Diego Lainez expresaba exactamente la opinión española en la época más gloriosa de nuestra Historia, y era difícil en aquella plenitud de Imperio, imaginar siquiera la negación de España. Vino luego el derrumbamiento de nuestro poder y el torbellino pavoroso de los siglos. Y lo que en buen castellano se llamó en Rocroy «nuestra derrota» acabó rotulándose en el 98 con el eufemismo blander de «nuestra decadencia». La razón de tal decadencia ya nos dijo Menéndez y Pelayo que estaba en la extranjerización de nuestras almas. Y añadía «... España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra». En efecto, no teníamos otra que aquella esencial de «lo católico hecho voluntad de milicia», pero en dos siglos y medio de resquebrajamiento nacional progresivo, nadie quiso darse cuenta de que nuestro Imperio, que en su día estuvo al servicio de la unidad humana, se derrumbaba a la par que nuestra unidad individual. Una y otro fueron liquidados en las últimas centurias por nuestra avidez autófaga, en la baranda de odios, rencores y sangrías intestinas, provocadas por la desorientación tras la derrota y alentadas por las potencias enemigas seculares de España.

En el naufragio total producido por la insensatez fraccionaria, algo más se perdió que las colonias; la personalidad propia y genial de nuestra Patria, el alcaide diferencial de «lo español». Cuando el siglo XX llega, todo el producto de larguísimos periodos (más de 30 siglos) elaborado por el alma ibérica, está disgregado, atomizado. Cualquier intento unificador parece ya imposible para eliminar la carroña marxista, las trampas diplomáticas y bancarias, o las telarañas masónicas de la Península. La experiencia de la Dictadura demostró que, por muy buena voluntad que se tenga, la ortopedia por sí sola nunca logrará hacer andar al corazón.

Cuando en 1931, Ramiro Ledesma se lanza desde «La Conquista del Estado» a la tarea gigante de la síntesis española, las primeras Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas, están formadas por españoles jóvenes. Ramiro Ledesma, promotor de esa inmensa busca de España, escude con sus trallazos dialécticos a las somnolientas juventudes, las proclaman «las únicas fuerzas creadoras y liberadoras».

Las contagia de entusiasmo y las convence de que «la lucha por la unidad tiene el carácter de una lucha por la existencia de España». Mas la unidad requiere el combate y frente a los traidores de izquierda y derecha, las J. O. N. S. marchan de la pasiva mística reveladora, a la lucha activa y apasionada, el bautismo de la sangre y la pólvora, a la ofensiva robiosa cara a la muerte. La lucha por guerrillas contra la degradación se va extendiendo. Ya no es sólo Ramiro con su grupo, sino Onésimo con el suyo, José Antonio con el de la naciente Falange. Y un día de 1933, los grupos fundamentales de esa sagrada rebeldía, se unen en uno solo; Falange Española y las J. O. N. S. se fusionan según su propia declaración «con la sencillez de lo fraternal». El perfil clásico de F. E., se completa con la pujanza romántica de las J. O. N. S.; la norma castrense de la primera con la vitalidad de las Juntas; la teoría de lo sindical unido a lo nacional, se funde con la del destino universal de España. Desde entonces, la Patria es la única total y el Nacionalindicalismo la fórmula genuina de la busca de España por sí misma, con vigor religioso hecho sobre todo de renunciaciones y con rigor terminante de soldado en vanguardia. Cuando el marxismo monta su Frente Popular la suerte está ya echada. No bastan los cientos de camaradas asesinados, es preciso el sacrificio total. Y eso fué el Movimiento; una voluntad colectiva de supervivencia española, que acepta la muerte física antes que la muerte del espíritu racial.

Pero la voluntad no hubiese bastado. Había en cada falangista la resultante espiritual de una lucha interior apasionada. Nuestro temperamento contradictorio, mezcla de un individualismo feroz, y a la vez de un idealismo universal capaz de las mayores empresas, produjo en este trance su expresión de «entereza», esto es de unidad individual y armoniosa, más difícil en nosotros que en nadie por la dureza de nuestro carácter, pero más bella y más fuerte también si conseguida, que no en vano la armonía nace de la lucha. Así, de fe religiosa y de amor humano, fué echa aquella Falange que se lanzó a la guerra, pero sobre todo de «hombres enteros», porque la unidad bien entendida comienza por uno mismo y quien no la entiende o no la logre, se juega con ello su personalidad. Obsérvese así que Ramiro, José Antonio y Onésimo son precisamente hombres de perfecta unidad interior. Como ellos Franco, concreción genial de lo español, comprende en plena guerra que lo primero es salvar el proceso de integración que la Falange comenzó. Cuando en abril de 1937, Franco decreta la Unificación, una apoteosis de entusiasmo estalla, adivinando que la guerra está ganada por ello mismo. Ha nacido Falange Española Tradicionalista y de las JONS, no como un conglomerado, sino como un paso más en la forja vital del Nuevo Estado. Para que la Falange fuese verdaderamente uniforme de estar y de ser, era preciso que en ella cupiesen falangistas y requetés, que en ella se abrazasen Pasado y Futuro con una misma

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

Del DISCURSO de CLAUSURA del SEGUNDO CONSEJO NACIONAL DE LA FALANGE

... somos españoles, que es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo.

Este sentido de España se nos había ido arrancando implacablemente; de una parte, por la ironía corrosiva; de otra, por la tosca falsificación. Algunos en busca de la elegancia, se volvían de espaldas a nuestras cosas; los otros, caían en la gruesa vaciedad de convertir en caricatura patrioterista esta cosa delicada y exacta de España. Y así se vió que entre las dos corrientes de la ironía y de la ordinariex pudo llegar un momento en que casi todos los que aspiraban a sentirse fuera de la ordinariex o libres de la ironía, se fuesen alejando de España, fuesen expulsando de su alma, como si fuera una claudicación, este apego a España. Con ello se fué borrando de las almas todo lo que confería a la existencia, dignidades de servicio colectivo; llegamos los españoles a ver espectáculos como éste: a sacerdotes y a militares que, sitiados por la ironía, creyeron en serio que tanto la Religión como el Ejército eran cosas llamadas a desaparecer, reminiscencias de épocas bárbaras, y se afanaban por ser tolerantes, liberales y pacifistas, como para hacerse perdonar la sotana y el uniforme. ¡La sotana y el uniforme! ¡El sentido religioso y militar! ¡Cuando lo religioso y lo militar son los dos únicos modos enteros y serios de entender la vida!

Por eso nosotros queremos para toda la existencia española, para toda la existencia de nuestra Falange, un sentido de servicio y sacrificio. Por eso vienen a nosotros, nos miran cada vez con ojos de mayor inteligencia, estas juventudes a la intemperie que dejaron los sombrajos de la izquierda y de la derecha, porque sabían que allí no se les presentaba, con justificación entera, la ocasión de servicio y de sacrificio. Estas gentes vienen a nosotros, participan de nuestro espíritu, se alistan, al menos espiritualmente, bajo nuestras banderas. Y no hay quien nos confunda: tenemos las caras bien limpias y los ojos bien claros. Todos los que vienen a pedir sombra a nuestras banderas para encubrir reminiscencias antiguas, nostalgias espesas de cosas caducadas y bien caducadas, se alejan pronto de nosotros, y luego nos calumnian o nos deforman. En cambio, los buenos, los que sirven, desde nuestras filas y desde fuera de nuestras filas, van percibiendo nuestra verdad. Y a esos que están fuera de nuestras filas, a esos que nosotros no queremos absorber en nuestras filas porque no nos importa ser los primeros en la cosecha, a esos les decimos: Falange Española de las J. O. N. S. está aquí, en su campamento, de primera línea; está aquí en este contorno delimitado por las exclusiones y por las exigencias que he dicho, si queréis que vayamos por él todos juntos a esta empresa de la defensa de España frente a la barbarie que se le echa encima. Así estamos todos. Sólo pedimos una cosa: no que nos deis vuestras fichas de adhesión, ni que las fundáis con nosotros, ni nos coloquéis en los puestos más visibles; sólo pedimos una cosa, a la que tenemos derecho: a ir a la vanguardia, porque no nos aventaja ninguno en la espléndidez con que dimos la sangre de nuestros mejores. Nosotros, que rechazamos los puestos de vanguardia de los ejércitos confusos que quisieron comprarnos con sus monedas, o deslumbrarnos con unas frases falsas, nosotros, ahora, queremos el puesto de vanguardia, el primer puesto para el servicio y el sacrificio. Aquí estamos, en este lugar de cita, esperándoos a todos: si no queréis venir, si os hacéis sordos a nuestro llamamiento, peor para nosotros; pero peor para vosotros también, peor para España. La Falange seguirá hasta el final en su altiva intemperie, y ésta será otra vez — ¿os acordáis, camaradas de la primera hora? —, ésta será otra vez nuestra guardia bajo las estrellas.

JOSÉ ANTONIO

17 - XI - 1935

juventud combatiente y con una misma fe vidente y taumatúrgica.

Tras la victoria han pasado tres años de paz. La obra amorosa de la resurrección no ha dejado un momento de reforzar la base insobornable de nuestra españolidad, en un impulso unificador inagotable. Nadie nos puede negar que, a pesar de las enormes dificultades que a ello se opusieron, la obra de nuestra potencia militar, la de nuestra unidad política y sindical; nuestra unidad universitaria, la coordinación científica y literaria y la unidad técnica, industrial y productora son un hecho. Pero la Falange ha de hacer más aún. Ha de lograr la unificación «sobre lo que nos une». Y lo que nos une es el derecho a una existencia mejor y más completa, plenamente justificada por una empresa colectiva.

He aquí por que, al fin, nuestra justifi-

cación, la de los falangistas, y la de los que no lo son, depende como la justificación religiosa, tanto de la fe como de las obras. Y la unidad bien entendida, la que comienza por uno mismo, la que a través de los errores de la vida, nos da por fin el difícil equilibrio, necesita para realizarse en todos los españoles, algo más que las armas de la verdad y el caballo poderoso de la fe. Necesita el continuo coraje, el continuo deseo de pelea, con toda el alma y contra toda el alma si es preciso. Ni el cielo se gana sin combate, ni la tierra sin sangre. Y hay una lucha tremenda y quizás incabable en la vida de un hombre, que consiste en vencerse a sí mismo, en unirse a sí mismo. Así comienza siempre la verdadera potencia, la verdadera unidad de los pueblos.

ANGEL MARRERO